

LA BIBLIOTECA MUNICIPAL Y LOS REFUGIADOS

por Rufino Mendiola

Director de la Biblioteca Municipal

Coinciden los primeros tiempos de funcionamiento de la Biblioteca Municipal con los años de declive de las luchas de nuestra Segunda guerra civil. Han transcurrido unos años para que el pensamiento de quien proyectó el establecimiento de un centro de cultura de esta clase en la ciudad tuviese realización. Su autor, el palentino vecindado en San Sebastián, don Sebastián Miñano, hombre cultísimo, dedicado a las letras y a las ciencias, trató de fundar en 1844 una biblioteca, a la que había de servir de base su colección de libros; su proyecto tuvo realización en 1874, en que fue inaugurada definitivamente la Biblioteca Pública Municipal; ya había muerto años antes este insigne español, de quien acaso tratemos otro momento, pues es acreedor a que su recuerdo perdure en nosotros.

Como decimos, son los últimos años de la contienda que dividió en dos bandos a nuestra patria; era en aquel tiempo Director del nuevo Centro don José López Aizpuru —padre de don Francisco López Alén— quien emprendió una catalogación de los primeros fondos de la Biblioteca que lo constituían donativos de ilustres y entusiastas donostiarros, y que acogió a los primeros lectores. Parte del núcleo de lectores de aquel tiempo lo formaban los emigrados de la guerra civil, a consecuencia de cuyo hecho aumentó considerablemente la población de San Sebastián. Podemos recordar algunos lectores: políticos, literatos y hombres de profesiones varias, que por azares de la guerra y circunstancias distintas se vecindaron en San Sebastián, teniendo como sede o lugar de refugio nuestro centro municipal de cultura.

Ilustran este período los nombres de Fidel Sagarmínaga, cuya colección de libros integrará más tarde la Biblioteca de la Diputación vizcaína; Antonio de Trueba, Gaspar Núñez de Arce, que aquí escriben, sin duda, sus producciones poéticas; el bardo José María de Iparraguirre, aventurero singular, de quien los directores Arzac y López Alén nos contarán anécdotas curiosas; los hermanos Joaquín y Benito Jamar, insaciables lectores diarios de obras de filosofía, economía y ciencias varias.

Agreguemos a estos, nombres de alaveses, vizcainos y de otras regiones, residentes entonces en Donosti: Juan Ernesto Delmas, Ricardo Becerro de Bengoa, Sotero de Manteli, Mateo Benigno Moraza, Herminio Olóriz, Juan Mañé y Flaquer y Camilo de Villabaso. Grupo todo él de insignes intelectuales que honraron las letras.

Por estos años posteriores a la terminación de la guerra tiene lugar la creación —año 1879— del primer Ateneo donostiarra, al que contribuyeron precisamente, además de algunos ciudadanos donostiarros, un número de refugiados. Fue en la sesión inaugural en la que intervinieron Delmas, Zuricaday y los poetas Olóriz y Núñez de Arce citados. Deleitó y arrebató al público el vate vallisoletano que leyó la "Última lamentación de Lord Byron", recientemente escrita, y cuya declamación constituyó un verdadero acontecimiento. ¡Cuántas cuartillas se redactarían en las modestas mesas de la primitiva Biblioteca Municipal donostiarra!

Pasan los años; transcurre más de medio siglo; España se ve nuevamente envuelta en luchas civiles; los animados veraneos donostiarros se ven enturbiados bajo el signo de Marte, aunque la afluencia de forasteros procedente de todas las zonas y provincias de España fue incesante. Como en los anteriores tiempos a que hemos hecho referencia, se acusa ahora la presencia de intelectuales en los centros culturales, y en la Biblioteca Municipal —en su entonces sede de San Telmo— acogió al siempre creciente sector de refugiados que hubieron de utilizar sus servicios.

Los años de 1936 a 1939 fueron en este tiempo remanso de relativa paz, y en ellos fructificó la cultura en manifestaciones culturales y artísticas. Como en la anterior guerra civil —años 1875 y siguientes— hay en este tiempo de la última guerra de liberación períodos de aumento considerable de lectores, por el contingente de inmigrantes refugiados, siendo visitadísima la Biblioteca en esta época por personalidades de las letras. Por añadidura, en sus locales estuvieron instaladas las Secretarías de las Reales Academias de Bellas Artes de Medi-

cina y de Ciencias Morales y Políticas.

Utilizaron los servicios de la Biblioteca el escritor don Joaquín Arrarás, los doctores Tapia y Suñer, los catedráticos don Pío Zabala y don Miguel Asín, y los académicos don Modesto López Otero y Conde de Romanones, entre otros. Fue para ellos oficina de trabajo la sala de lectura: aquí veíamos a diario al arquitecto y catedrático de la Escuela de Arquitectura de Madrid, don Modesto López Otero, que proyectaba sobre el papel los esbozos de lo que podrían ser en el futuro cuarteles y armas del escudo y bandera nacional y del banderín del Generalísimo, amén de otros trabajos y lecturas a que vivía entregado este ilustre caballero, que fue conspicuo entonces y más tarde. También era asiduo visitante de los veranos, desde tiempo atrás, el ilustre académico don Miguel Asín Palacios, quien con su sobrino el catedrático don Jaime Oliver Asín, no faltó a la cita veraniega. Conocimos a don Miguel desde los tiempos en que la Biblioteca Municipal radicaba en el edificio de la Escuela de Artes y Oficios, y aquí —en San Sebastián— rindió su vida. De su sobrino don Jaime mucho cabe decir en su honor, y en el orgullo nuestro de contarle como consultor constante de toda la bibliografía cervantina existente en sus fondos. Celebramos como propios sus éxitos de publicista (investigaciones cervantinas, estudios de los orígenes de Madrid, etc.) que le han valido recientemente galardones justísimos y meritorios.

¡Llor eterno a todos estos ilustres varones, así como a los que ya pasaron a mejor vida y los traemos a esta enumeración, señores Marqués de Piedras Albas, Conde de Lizarraga, don Félix José de Lequerica y otros que honraron nuestras salas de San Telmo!

Constituye cuanto llevamos escrito un trozo del historial de la Biblioteca Municipal de San Sebastián, y un testimonio elocuente de que una biblioteca provinciana, en su modestia, puede ser laboratorio útil para cuantos en momentos de necesidad acuden a ella para ilustrarse o para hallar con su lectura selecta sosiego para el espíritu necesitado de paz.